

César Aira

YO ERA

UNA CHICA MODERNA

INTEDZONA

César Aira

**YO ERA
UNA CHICA MODERNA**

INTERZONA

INTERZONA

Aira, César

Yo era una chica moderna. - 2a ed. 1a reimp. - Buenos Aires :

Interzona Editora, 2015.

88 p. ; 22x13 cm.

ISBN 978-987-1180-77-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

© César Aira, 2004, 2011, 2015

© interZona editora, 2004-2015

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Victoria Villalba

Diseño de maquetación: Gustavo J. Ibarra

Tapa y composición: Hugo Pérez

Foto de tapa: Guido Indij

Corrección: Victoria Piñera

ISBN 978-987-1180-77-6

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Yo era una chica moderna, que salía mucho. Salía para mantenerme al tanto de lo que pasaba, y además porque me gustaba. Tenía que compensar las horas que pasaba encerrada en el trabajo. Siempre se estaban inaugurando lugares nuevos, lugares temáticos... No es que fuera a buscar chicos, era otra cosa. A veces, al revés, iba con algún chico para sacármelo de encima. Una vez, justamente la noche que empezó esta historia, fui a una disco minúscula, preciosa, íntima, con un pibe que había pasado la tarde del sábado conmigo. Yo todavía no lo sabía, pero ya estaba harta de él, aunque lo conocía de ese mismo día; es decir del día anterior, porque todo empezó a la medianoche. Le dije que quería ir a bailar, segura de que habría conocidos con los que él podría hacer buenas migas.

Efectivamente, mis predicciones se cumplieron: me encontré con Aldo, Atilio, Aníbal... y Ada. Después de la excitación de alguien nuevo, los amigos viejos me parecían más deseables, o más divertidos, o más sólidos. Era como si el pibe se disolviera, una pierna se le iba para un lado, un brazo para otro, la cabeza caía, un pie salía volando.

—¿Quién es? —me preguntó Aldo—. ¿Cómo se llama?

Me molesta que me hablen en esos lugares. A la música hay que respetarla, aunque sea una porquería. Nunca respondo a una pregunta, y en realidad ni siquiera las oigo. Prefiero una comunicación por gestos, por movimientos, siguiendo la onda de la música. Eso de andar gritándose al oído para hacerse entender, en las discos, es una pérdida de energía.

Ada bailaba con un chico alto y flaquísimo que me gustó, hasta que me di cuenta de que era el pibe que había ido conmigo. Yo me había puesto un vestidito gris con breteles. Ada tenía una blusa fucsia, y una gorra. Aldo una campera inflada roja que no se sacó. Lila de negro. El gato de azul. La falta de luz y de espacio transformaban todo. Una está adaptada a cierto tipo de ambiente.

En una disco tan pequeña “salir” a bailar era “entrar”. Todos bailaban con todos, pero sin mirarse. Noté que el pibe se sentía feliz de estar allí. Me dije que yo también debía sentirme feliz, ya que me daba lo mismo. En realidad no me sentía feliz ni desdichada. Eso me hizo beber y desencadenó buena parte de lo que sucedió después.

Terminé toda arañada, despeinada (igual llevo el pelo muy corto), con sustancias pegajosas en distintas partes del cuerpo (que me costaba localizar) pero en mi cama, en medio de la mañana. No recordaba nada pero las conversaciones con Lila las recordaba perfectamente, hasta la última palabra.

¿Yo borracha? ¿Yo ebria? ¿Yo amnésica? No, imposible. Conociéndome, era imposible. Y sin conocerme también.

Era un espacio reciclado. El lustre que tenían las paredes había sido logrado... con betún. Me lo dijo Aldo, que era el dueño. Tenían terraza, a la que transportaban las macetas con plantas floridas, de flores blancas, todas las mañanas para que tomaran sol. Iban a habilitar la terraza también, para *cocktails* y recepciones, las noches de verano.

Me llevó a la terraza a conocerla. Eso lo recuerdo. ¿Pero por qué “arañada”? ¿Me había agarrado un gato montés, me había reventado en la cara una piñata de vidrio? Eso no lo recordaba.

Allí arriba: bajo las estrellas, tambaleante por todo lo que había bebido, me preguntó qué me parecía esta idea: mientras conseguían la plata para acondicionar la terraza, ¿le convenía poner un circuito de patinaje y alquilar patines? ¿No sería peligroso? Miré por los bordes. Era un tercer piso, no creía que hubiera mucho peligro, al contrario, la altura podía darle emoción. Me dio un poco de vértigo, y creí que iba a vomitar. Con la excusa de auxiliarme, se propasó con las manos.

Con Aldo habíamos sido compañeros de colegio, novios por un breve lapso, yo estaba orgullosa de que se hubiera asociado con periodistas para abrir la disco más chica de Buenos Aires. Pero no estaba enamorada de él, nunca lo había estado.

Todo el espacio alrededor alternaba entre edificios altos y bajos, y en el claro que dejaban los bajos se veía más lejos alternar otros altos y bajos, y así sucesivamente. Algunas ventanas estaban iluminadas, algunas se apagaban cuando las mirábamos. Aldo tenía una camiseta negra pintada con lunas blancas. Recordé la primera vez que había visto la luna, muchos años atrás. Debí de ser ese recuerdo el que me hizo olvidar todo lo demás.

Aldo me miraba, y me dijo:

—Hay dos lunas.

—¿Sí? ¿De veras?

—Una aquí, otra aquí —dijo tocando con la punta del dedo primero un vidrio y después el otro de mis anteojos.

Me pareció poético, y habría querido verme a mí misma, o que me sacaran una foto. Pero cuando buscamos la luna en el cielo, no la encontramos. Por algún motivo, seguía sintiendo las manos de Aldo en la piel, en los lugares secretos de mi cuerpo donde me había tocado. Una chica alta, de pantalones muy ajustados, pelo rojo oscuro, medio dorado, con flequillo, los labios muy pintados, me arrinconó en la escalera.

—Yo sé que sos lesbiana. En Buenos Aires hay solamente dos lesbianas, y vos sos una. Dame un beso.

—Yo no soy lesbiana —protesté—. Eso es una leyenda.

—Ya lo sé.

Insistió hasta robarme un beso.

De pronto, en medio de una exquisita proliferación de sexo, drogas, alcohol, música, flores, todos se estaban aburriendo. Mis amigos aparecían como realidades, no como sueños. Quise decirle algo a Lila y la llevé a la rastra al baño. (Yo había venido directamente de la terraza, como una tromba.)

—¿Viste la chica alta, de flequillo, de jeans ajustados? Quiere acostarse conmigo.

Lila puso los ojos redondos como dos monedas.

—¿Te gusta?

—Me gusta más que los hombres, pero tengo miedo de que después dejen de gustarme las mujeres. Ella no es una mujer. Es una cosa.

—A mí me gusta muchísimo. Se llama Porfiria, es rumana, cuando era chica la afectaron las radiaciones de Chernóvil y ahora no puede dejar de crecer.

—¿Cómo la conociste?

—Me la presentó Atilio.

—¿Atilio? Pero si Atilio... —iba a decir “Atilio no existe”, pero me contuve.

—Ella vive en París, estudia cine. Vino a filmar una película. Me estuvo preguntando si vos eras lesbiana.

—¿Y qué le dijiste?

—Que era una leyenda.

La música era atronadora. Media hora ahí adentro, en esa caja de fósforos, y una terminaba aturdida, con convulsiones. Y yo pasé una hora, de una a dos. Lo que no comprendo es cómo se hicieron las doce; se diría que el tiempo fue hacia atrás, retrocediendo mucho más despacio de lo que avanzaba en circunstancias normales, de modo que una hora se volvía media.

Porfiria no volvió a hablar de sexo ni a hacerme proposiciones. Recuerdo que en la terraza me mostró unos respiraderos por donde salía la música, ahogada, y el vapor humano. Lo respiraba con una avidez dolorosa, como un animal buscando su comida en el desierto. Era un humo oscuro, con olor a papel, a pelo. La terraza estaba oscurísima, yo jamás habría encontrado esas rejas que además estaban disimuladas en el canto de unos desniveles. Ella las encontraba guiada por un instinto infalible, quizás tuviera visión nocturna, o un olfato de perro o de cebra. Me llevaba de la mano, en las tinieblas, gracias a ella no me caí mil veces.

—Me gustaría ver tus películas.

—Las verás, aunque no quieras. Soy muy persistente, como todos

los europeos. Pero tené en cuenta lo siguiente, para ahorrarte problemas: son películas al revés.

—¿En serio?

—Sí, son películas de oscuridad, que se proyectan sobre la luz.

Nos fuimos en dos taxis a lo de Ada. Cuando llegamos me di cuenta de que Lila no había venido con nosotros. Les dije que volvería a buscarla. Se elevaron voces de protesta. Decían que era algo nunca visto, volver a una disco después de haberse ido. Corrí y encontré al taxista en la puerta. Por suerte se había demorado contando la plata, ordenando los billetes en su carterita, me subí a su auto como una flecha y le dije que volviera al sitio donde lo habíamos tomado. No se acordaba cuál era. Yo menos. Pero fuimos, y lo encontramos.

Si alguna vez estas páginas caen bajo la vista de algún lector, le doy un consejo: nunca intenten volver, en medio de la noche inmensa de Buenos Aires, a la disco más pequeña. Si es la más grande, sí. Pero la más chica, ni lo sueñen. Es como tratar de atrapar un átomo en el fondo del mar.

Cuando el taxi partió, en mi cerebro había, a modo de despedida, un par de ojos tristes: los de Porfiria, la niña que nunca dejaría de crecer hasta que la cabeza le llegara a las nubes. Parecían decirme: no volveremos a vernos. Es tu decisión, no la mía.

Esa noche soñé que estaba en una especie de feria con una chica muy parecida a Lila, aunque no era Lila, charlábamos y nos reíamos, muy buena onda... Se acercaba una definición, y al pasar por un cobertizo, con toda la intención de entrar y quedar al abrigo de las miradas, yo miraba adentro buscando una excusa plausible, señalaba unas piedritas en el suelo y le decía: “Entremos aquí, que quiero ver esto”. Ella me precedía, riéndose; íbamos hacia un rincón y yo la tomaba en brazos y la besaba en la boca. Ella me abrazaba con una sonrisa, y decía algo que significaba “por fin”. Lo mismo significaba la avidez con que me metía la lengua en la boca. Pero, qué curioso para un sueño erótico, yo no tenía tiempo de disfrutar de ese beso; o si lo disfrutaba, no me acuerdo. Se había metido en el cobertizo un cura, alto y flaco,

de sotana negra, y se ponía a arreglar algo en la cama: el lugar era muy chico, además de precario; apenas entraba la cama, y había un espacio estrecho entre la cama y la pared, que era donde estábamos y donde evolucionaba el cura. La abertura por la que habíamos entrado no tenía puerta. Era la celda pobrísima, más que austera, miserable, de ese cura.

Como sucede en los sueños, yo era yo, pero el otro personaje, esa chica parecida a Lila, era una condensación de muchos. Podría nombrar además de Lila a otras tres o cuatro chicas (Ada, Amanda, Celia, Evelina) de las que había tomado algo. Pero lo que no dejaba lugar a dudas es que era una chica, no un chico. Y yo nunca había tenido sueños eróticos con chicas. Me pregunté si no habría un deseo homosexual oculto en mí, desconocido para mí misma. Quizás la leyenda de la que Porfiria se había hecho eco era el eco de una realidad en la que yo participaba sin saberlo. Como si alguien estuviera escribiendo mi vida, y le ocultara algunos datos a los lectores, y yo, aun siendo la protagonista, fuera también un lector.

Estas explicaciones que trataba de darme, en mi perplejidad, despertaron un oscuro recuerdo del sueño que no había tomado en cuenta aunque había estado presente todo el tiempo: yo no era exactamente yo, sino un hombre, un escritor famoso, y esa chica plural y sonriente una lectora, deslumbrada por mi fama y mi personalidad. Pero por supuesto, era imposible. Lo anoto antes de olvidarme.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA